

Ramón se había levantado, y con la mano extendida hacía ante Dios con grave ademán su solemne juramento. María se arrojó en sus brazos llorando.

— ¿Estás contenta, vida mía?

— Sí, te creo, te creo; tú no puedes mentir. Vé, cumple tu gusto, que yo sufriré en silencio. A mi vez te juro aguardarte siempre, y vivas ó mueras, no amar á otro hombre.

— Gracias, mi bien, así marcharé tranquilo. Mi fe en ti es tan grande, que ella bastará á sostenerme en las rudas pruebas de la separación. Ahora regresemos, que la tarde declina á prisa.

Una vez en tierra, los dos prometidos se dirigieron tristes y cabizbajos á la casa de María, en cuya puerta se separaron con un fuerte apretón de manos y una mirada de ternura.

A la mañana siguiente, apenas hubo María abierto su balcón saludando al astro-rey, recibió una carta que abrió con mano trémula: era la despedida de Ramón, que había querido evitarla el pesar del último adiós.

La pobre joven lanzó un grito de dolor y cayó de rodillas, exclamando:

— ¡Dios mío, bendicidle, protegedle!

### III

Seis años más tarde, los vecinos de Candás veían siempre en la terraza de la linda casita, situada en la carretera nueva y próxima á la playa, propiedad de

María, á ésta, pálida, inmóvil y muda, mirar ansiosa la carretera y el mar, esperando siempre ver aparecer por uno ú otro lado á su querido Ramón. Mas ¡ay! que los días pasaban y al terminar cada uno la pobre joven se retiraba de su observatorio, murmurando con dolor:

— ¡Hoy tampoco! Quizá será mañana.

Repitiendo la misma frase llevaba la desgraciada muchos meses, y ya no tenía más lágrimas que verter. Su enfermo corazón se negaba á funcionar, su espíritu se debilitaba, su salud se resentía, y al eclipsarse ante sus ojos la hermosa luz de la esperanza, sólo quedó en su rededor la negra sombra del desaliento. ¿Quién hubiera reconocido en aquella estatua del dolor á la gentil niña que tan alegre vimos en Madrid?

Durante cuatro años había recibido María noticias de Ramón todos los correos. En sus cartas hablaba de la buena suerte con que realizaba sus negocios, de sus esperanzas y constante amor. Después fueron escaseando las cartas, y por último dejó de escribir.

La infeliz amante creyó entonces que este silencio sería motivado por su próximo regreso y lo esperaba siempre; mas los días pasaban y Ramón no volvía. Cada uno que transcurría, se llevaba parte de aquella delicada existencia y hería más aquel amante corazón que todo lo temía, todo, menos la traición del hombre que lo llenaba.

¡Pobre mujer! Había consagrado su vida á un ídolo de barro y medía el corazón de aquél por el suyo propio, ¡como si el del sexo que á sí mismo se da, con

sobrada soberbia, el dictado de rey de la creación, pudiera asemejarse al de la *débil mitad* del género humano!

Un día recibió la visita de un íntimo amigo de Ramón, que con él había marchado. Vió el cielo abierto. ¡Iba á saber de *él*, quizá le anunciara su próxima llegada! ¡Con cuánto placer estrechó la mano de aquel mensajero de su dicha! Pero el joven se mostraba cortado, lleno de emoción. Más bien parecía correo de infaustas nuevas, y María empezó á temblar y á interrogar con ansia:

— ¿Ramón...? — dijo sin atreverse á seguir.

— Perfectamente de salud.

— ¿Vendrá pronto?

— Muy pronto.

María respiró. Lo demás ya no le interesaba, ni en su alegría dió importancia al *pero* que añadió el joven á sus anteriores palabras. ¿Qué podía ser? ¿Que volvía pobre como fué? Nada le importaba; sólo su amor pedía á Dios. ¿Volvía, acaso, delicado por lo insalubre de aquel clima fatal á los españoles? Su ternura le devolvería las fuerzas y la salud. ¿Tal vez había cometido algún pecadillo cuyo perdón solicitaba? Ya estaba concedido. Todo se lo perdonaba.

Fuera de esto, no se le ocurría nada... Y sin embargo, el mensajero permanecía triste y cohibido como quien tiene obligación de hacer conocer algo terrible.

Dijo que había regresado hacía algunos meses de América, y que después de arreglar sus asuntos había

hecho el viaje á Candás con el solo objeto de cumplir la misión que Ramón le confiara.

María desfallecía por momentos, y con la vista fija en su interlocutor, queriendo leer en los ojos de éste lo que iba á decir, pudo sólo murmurar:

— Hable usted de una vez, que no acierto á comprenderle.

La cosa era difícil de decir, y el joven se intrincó en un laberinto de preámbulos y paliativos que sólo consiguieron asustar á María sin orientarla.

Cuando la creyó bien preparada, aunque en realidad la infeliz no había entendido una palabra de su filosófico discurso, dijo resueltamente:

— Ramón tuvo pérdidas que amenazaron sumirlo de nuevo en la miseria; se vió tan apurado, que hubo de pensar seriamente en salir de aquella desesperada situación; para lograrlo sólo halló un medio: su unión con la hija única de su principal, opulento banquero. Pero... había de elegir entre su salvación y su dicha, porque amaba á usted siempre, y no se resolvía á faltar á su amor, á sus juramentos. Luchó mucho tiempo... y al fin tuvo que casarse.

María dió un salto nervioso que la puso en pie como autómatas movido por magnético impulso.

— Todo esto — continuó el narrador — era muy largo y harto penoso para expresarlo en una carta, y me suplicó viniera á enterarla con la necesaria preparación, á implorar su perdón y á decirle de su parte que siempre será para usted el hermano más cariñoso

y que, pasado algún tiempo, vendrá á poner de rodillas á sus pies cuanto tiene y cuanto vale.

¡Inútiles esfuerzos! De todo aquello, María no había comprendido más que una cosa: que Ramón se había casado con otra, olvidando su amor y sus juramentos. Lo demás, ni lo oyó. Pálida, petrificada, con los ojos desencajados y la inmóvil pupila fija en un punto, parecía escuchar y no oía, parecía ver y no miraba; toda su vida psicológica se había reconcentrado en su interior para explicarse aquel absurdo convertido en hecho. ¡Su Ramón, el ídolo de toda su vida, la olvidaba y se vendía por un puñado de oro! La idea era tan espantosa, que al entrar con gran trabajo en el cerebro lo descompuso, destrozando al mismo tiempo el corazón.

María pasó las manos por su frente con mortal angustia, dió un grito agudísimo de dolor, cual si hubieran clavado un puñal en su corazón, y girando sobre sí misma, cayó como una masa inerte, diciendo:

— ¡Que Dios le perdone!

María había muerto al perder su amor, que era su savia.

#### IV

Como si la naturaleza quisiera expresar con la energía de sus sacudidas su dolor por la muerte de aquel ángel, en cuanto María expiró, el azul del cielo fué oscurecido por negros nubarrones, el remolino de la

borrasca agitó el mar, y la tempestad dejó oír su ronca voz. Por la noche la tormenta creció y varios buques zozobraron por aquellas inmediaciones. Entre ellos un vapor, rota la máquina, perdido el timón y destrozado el velamen, corría sin dirección, impulsado por el viento, juguete de las olas, que ora lo alzaban á vertiginosa altura, ora lo sepultaban en sus negras entrañas, donde al fin lo hundieron para no levantarse más.

Por doquier se oyeron gritos desgarradores, ayes, súplicas é imprecaciones, llantos y voces de mando. Pero los pasajeros se salvaron en barcas que los depositaron en el pequeño puerto de Candás.

Una vez en salvo, los más fuertes se dedicaron á socorrer á los que se encontraban en peor estado.

Pertenecía á los últimos una joven de agraciado rostro y elegantemente vestida, que se hallaba sin conocimiento. Un caballero joven y gallardo la sostenía con solicitud, esforzándose por hacerla recobrar el sentido.

— ¡Carmen, Carmen! — decía, — ya estamos en salvo, tranquilízate.

Aquel elegante caballero era Ramón, el infiel prometido de María, su verdugo.

Al fin los esfuerzos del joven lograron que la desmayada volviera en sí y se repusiera.

— ¿Dónde estamos? — preguntó examinando cuanto les rodeaba.

Entonces Ramón quiso orientarse, y dirigiendo la

vista al pueblo, lanzó un grito de asombro, retrocedió aterrado. Había reconocido aquellos lugares de tantos recuerdos.

— ¡Pero si no puede ser — exclamó como rechazando una fascinación, — no puede ser, no, haber venido á naufragar tan lejos! ¡Siempre esos dichosos sitios presentes en mi memoria y vivos ante mis ojos! ¿Dónde estamos? — preguntó con afán á un marinero, no queriendo dar crédito á sus sentidos.

— En el muelle de Candás.

— ¿Es posible?

— Sí, señor, el huracán nos ha traído hasta aquí.

— ¡Fatal casualidad! Vámonos, Carmen, vámonos pronto á cualquier parte que no sea este pueblo.

Y al hablar así, pálido, estremecido, pugnaba por arrastrar á su compañera. Esta se levantó para complacerle; pero estaba tan débil que sus piernas se negaron á sostenerla y por segunda vez perdió el sentido en brazos de su esposo.

Ramón tuvo que dominar sus impresiones y que llevarla, ayudado por los caritativos hijos del pueblo, á la casa de uno de éstos, donde le prodigaron los auxilios que su estado exigía.

Merced al cuidado de unos y otros y al calor del lecho, pronto recobró el conocimiento, y repuesta y tranquila, logró un dulce sueño reparador.

Libre ya de todo temor al verla dormir serena, Ramón volvió su pensamiento al pasado; de tal modo fué resucitando recuerdos ya transpuestos en la

sombra del olvido, que una violenta agitación que le impedía estarse quieto en parte alguna se apoderó de él y angustias mortales oprimieron su pecho. Se sintió abrasado por el fuego de la fiebre, y cuantas más vueltas daba, más difícil era su respiración, más ardía su abrasadora sangre. Sintió, en fin, que se ahogaba en aquel reducido espacio, y se lanzó á la calle en busca de aire que ensanchara sus pulmones.

Pero en cuanto hubo andado al azar algunos minutos, se encontró frente á frente de la casa de María, aquella casa donde tan agradables horas había pasado.

Ramón se sorprendió primero, luego la contempló con triste interés, y por último una lágrima humedeció sus ojos, mientras decía:

— ¡Pobre María!

Satisfecha su ambición, el corazón de nuestro héroe recordaba aquel amor tan pronto olvidado que renacía en él con doble fuerza.

¡Tal es el hombre! ¡Pasa su vida lamentando los pasados errores y disponiéndose á cometer otros tantos para de nuevo volver á lamentarlos!

¡Siempre la ciega pasión árbitra suprema de su suerte! ¡Siempre corriendo tras lo más difícil!

Contemplando aquella fachada tan conocida, Ramón luchó algunos instantes entre el deseo de volver á ver á la mujer que tanto había amado y que había sido su ángel protector, y el temor de hallarse ante la irritada amante que tenía el derecho de odiarle...; pero una vez más se sobrepuso el deseo al te-

mor, y penetró en la casa esforzándose por dominar su emoción.

La gran sala baja estaba abierta y en ella entró sin pedir permiso.

Las sombras de la noche luchaban aún en la habitación con los pálidos rayos del alba que penetraban á través de las cortinas dibujando mil figuras fantásticas, tan pronto formadas como desvanecidas, y bañando sus blancas paredes de misteriosa vaga claridad, cortada en el fondo por el siniestro resplandor de cuatro grandes hachones.

El ánimo conturbado de Ramón se impresionó ante tan extraño cuadro, y avanzó dominado por vago presentimiento. Entre los cuatro hachones vió, sobre humilde catafalco, un cadáver; atraído por extraño poder magnético del que no se daba cuenta, se acercó aún más, fijó sus ojos con febril ansiedad en el cadáver, y al punto retrocedió más pálido que la difunta, con los ojos saliendo de las órbitas, los cabellos erizados, y gritando con inmenso dolor:

— ¡María, María! ¡Muerta, muerta!

— María, sí— dijo una voz cerca de la pobre víctima, — María que murió al saber tu traición, á quien has matado y que expiró perdonándote.

— ¡Imposible, imposible! — exclamó con el extravío de un loco y sin dejar de retroceder. — Maldiciéndome, sería. ¡Miserable de mí! Vil asesino de tu salvadora, ¿qué has hecho de tus juramentos, por qué has causado la muerte á quien debías la vida?

Al imprecarse así, golpeaba su pecho y mesaba sus cabellos en el último grado de la desesperación.

— Estaba loco — prosiguió con débil voz. — ¡Piedad, Dios mío! ¡Perdón, María, perdón!

Cayó de rodillas sobre las heladas losas, sepultó la cabeza entre sus manos y los sollozos le ahogaron la voz.

Entonces su espíritu, debilitado por las emociones de aquella noche terrible, creó mil absurdos fantasmas á los que daba cuerpo y vida su imaginación sobrecitada por el dolor y el remordimiento.

Le pareció que la estancia quedaba sumida en profunda obscuridad, que todos los mortales huían de aquella pavorosa noche creada por él, y solo en tan terrible caos, le rodeaban los secuaces de la muerte que venían á anunciarle su próximo fin.

En el fondo de la sala veía radiante resplandor, que sin embargo no desvanecía las sombras que lo rodeaban, pero que iluminaba de manera deslumbrante el féretro, del que María descendía con su blanco sudario y su corona blanca, pálida y vengadora, á castigar su falsía. Aquellos ojos sin luz buscaban los suyos con extraña insistencia, la visión avanzaba hacia él y la fascinación fué completa.

Ramón se puso en pie de un salto, convulso de terror. Conforme avanzaba la imagen forjada por su delirio, él retrocedía con los brazos extendidos y el cabello erizado, murmurando:

— ¡Perdón, perdón! ¡Piedad!

En su retroceso tropezó con la puerta, que empujó con violencia, y huyó como un loco, creyendo así librarse de la amenazadora visión. ¡Vano empeño! Corría, corría sin tino, y siempre veía á María á la misma distancia, con su blanco sudario y su corona blanca.

Desembocó en la playa y siguió corriendo. El agua mojó su cuerpo sin que en su trastorno lo notara, y continuó avanzando. Las olas pasaron por encima de su cabeza, arrollándolo por completo. Le parecía que una fuerza irresistible le empujaba hasta las profundidades de aquel mar en cuyo fondo había pedido sepultarse si faltaba á su juramento, y que de él salía una voz de trueno que le gritaba:

— Me perteneces, vén.

El salado elemento jugó un instante con aquel cuerpo ya inerte, y luego lo sepultó en sus entrañas, bajo la tersa superficie en que, mecido por las suaves ondas, había jurado eterna fidelidad á su bienhecho-  
ra y su víctima, la infeliz María.



— ¿Se puede? — Entra, Paco

## EL NEGOCIO DE UN FATUO

### I

En un helado día de invierno, en que el agudo cierzo soplaba con extraordinaria fuerza en la coronada villa, se preservaba de sus rigores Paco Montes, guarecido en confortable y elegante habitación, cómodamente reclinado en un diván y al amor de acariciadora chimenea: en tan cómoda y descansada posición, meditaba seriamente, ya siguiendo con distraída mirada